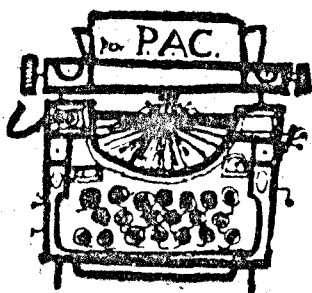


escrito a máquina

Saturno



"Creemos que no hubo proporción alguna entre las fuerzas que atacaban y los que se defendían. Hubo gran despliegue de fuerza y de poder, con evidente desprecio de vidas humanas, que podían haberse respetado mediante otras tácticas posibles".

Documento de los sacerdotes jóvenes (Reflexiones acerca de los sucesos del 15 de Julio).

La cristiana frase que cito puede perfectamente arrancarse de la dolorosa fecha que la hizo nacer. Abarca mucho más historia y encierra mucho más drama que el que puede caber —a pesar de la sangre— en las matanzas del mes de Julio. Porque hace tiempo que en Nicaragua la autoridad prefiere matar a usar otras tácticas de respeto a la vida. Constantemente los periódicos registran la sangrienta nota. El disparo. La muerte. La pena, que está constitucionalmente prohibida aún para los criminales, constantemente la aplica cualquier hombre armado, cualquiera investido de autoridad, por una protesta, por una manifestación, por un grito. Nos hemos acostumbrado al homicidio. Nuestro nivel de muerte ha ido, subiendo hasta sumergir la mente misma, el pensamiento mismo de muchos elementos cultos y responsables que no sólo justifican ese derroche de sangre, sino que, cuando unos jóvenes sacerdotes elevan por primera vez una voz humana en nuestro desierto, pidiendo el ahorro de vida, el respeto a la vida, el uso de tácticas civilizadas en el resguardo del orden y en la represión; los critican acerba e irrespetuosamente hasta el insulto.

No se fijan, sin embargo, a dónde nos está llevando ese nivel de muerte de nuestra política. Si no nos importó matar hermanos, hemos llegado ya para nuestro castigo, como Saturno, a devorar a nuestros propios hijos. Antaño el Partido armado liquidaba al opositor del otro Partido. Ahora es al muchacho, al colegial, al universitario a quien le toca el relevo. Pronto el padre soldado matará a su hijo estudiante. El panorama de Nicaragua en este sentido es trágico y sólo la ceguera insensata de nuestro apasionamiento político puede negarse a verlo. Vivimos en una guerra sorda y permanente entre las fuerzas armadas y la juventud. Miles de padres tiemblan por sus hijos porque, en el proceso que lleva nuestro país, ser joven equivale ya a ser subversivo. Nicaragua se ha convertido en un pasado armado que asesina su porvenir.

¿No es monstruoso esto? ¿Y no es todavía más monstruoso que mentalmente nos "acomodemos" a esta situación herodiana, que no busquemos soluciones sino más bien justificaciones a esta "guerra" exterminadora de nuestro futuro?

Cuando por ventura ha llegado a brotar —entre las dos violencias— un mensaje de sensatez, pero también de liberación; cuando a la angustiada pregunta de la juventud, en vez de la acostumbrada respuesta de incompreensión o de sangre, aparece un documento que ofrece una respuesta de contenido humanista; un documento que restablece, desde su base, los principios que deben guiar a los hombres para entenderse y no matarse, los que podían por su condición de intelectuales o por su responsabilidad de dirigentes establecer el diálogo y buscar soluciones, arrojan contra los jóvenes sacerdotes autores del documento una literatura de odio, una literatura de calidad homicida porque irrespeta y violenta la dignidad humana y sacerdotal de quienes suscribieron el documento. También contra ellos —contra los que han expuesto la pura doctrina evangélica con independencia y caridad— se ha procedido "con un gran despliegue de fuerza" y no de razón.

Sin embargo, solamente una conducta derivada de los principios expuestos por los jóvenes sacerdotes puede salvar a Nicaragua de este callejón oscuro, de esta cadena de violencia saturnina que nos está haciendo devorar a nuestros propios hijos.

Reflexionemos y rectificemos antes de que sea definitivamente tarde.

PABLO ANTONIO CUADRA